



José Asunción Silva

**Prólogo al poema intitulado Bienaventurados los que lloran
de Federico Rivas Frade (1889)**

Al poema que Rivas Frade le da hoy al público le sobraría cualquier prólogo. El público conoce de tiempo atrás al autor y ha visto con viva simpatía todas sus producciones literarias. Muchos hombres en cuyos labios precozmente marchitos una sonrisa fija disimula la expresión de completo cansancio; muchas mujeres que, como la Idolatrada de Heine, tienen el color de la primavera en las mejillas y el frío del invierno en el alma, cuando oyen nombrar a Rivas, dicen paso, como una confesión íntima, algún verso nostálgico de las Rimas; alguno de esos en que el poeta, al delinear la silueta vaga de algún recuerdo, al trasladar a las sílabas sonoras el tinte de melancolía de su alma, al fijar alguna impresión fugitiva por medio de las frases rebeldes, habló para todos los cerebros y para todos los corazones que guardan confusas esas imágenes, sin poderlas reducir a palabras. ¡Y cuántas veces, después de decir ese verso en que su pensamiento toma forma y se ennoblece con la música del ritmo, y ve levantarse el pasado como un fantasma evocado de su sepulcro por la magia de la estrofa, viene a los labios que lo dijeron, ajados como raso marchito o frescos como un botón de flor, una sonrisa de agradecimiento para el que así supo traducir lo más íntimo de sus sueños, lo peor de sus desengaños o lo más dulce de sus memorias!

Rivas Frade pertenece al grupo literario que Catulle Mendes ha bautizado con el nombre de sensitivos y del cual forma parte Gustavo Adolfo Bécquer. Hasta hoy han ido aglomerándose, y, para consuelo de los redactores de periódicos escasos de material y de los curiosos lectores, seguirán aglomerándose por muchos años, los estudios en que la paciencia de los críticos busca analogías entre la obra del poeta sevillano y la de Heine y entre las composiciones cortas y tristes, escritas hoy, con las del maestro

sevillano. Heine, triste, escribía versos cortos, y se quejaba de la vida; Bécquer, imitador de Heine y Rivas Frade y José Ángel Porras, y otros, imitadores de Bécquer, todos melancólicos, impresionados por la muerte, autores de poesías que, como dice de las rimas dolorosas de Emilio Antonio Escobar el ilustre crítico don Juan Valera, tienen olor de cementerio y cancamurria de gorigori.

Perfectamente, pero ¿no sería más fácil ver en esa semejanza de la producción una analogía de organizaciones y de temperamentos que, puestos en contacto con la vida, experimentan sensaciones parecidas, que se transforman en estados de espíritu en los cuales la emoción sentimental busca salida y se convierte en uno de esos poemitas que hacen reír a la flor de los críticos españoles y pensar al vulgo de los lectores colombianos? ¿Por qué han hecho esos hombres versos parecidos en la forma y en el fondo? ¿Por qué destilan en todos esos vasos preciosos el mismo licor amargo de sabor raro? Ésta es la explicación que se les ha ocurrido a algunos al pensar en eso: todos esos poetas son espíritus delicadísimos y complicados a quienes su misma delicadeza enferma ahuyenta de las realidades brutales de la vida e imposibilita para encontrar en los amores fáciles y en las felicidades sencillas la satisfacción de sus deseos; a quienes lastiman a cada paso las piedras del camino y las durezas de los hombres, y que se refugian en sus sueños. Débiles para la lucha de los sexos, que es el amor, son vencidos en ella; soñadores de felicidades eternas exigen de este sentimiento voluble una duración infinita; rinden un culto casi místico al Femenino Eterno, y, cuando vuelven de sus éxtasis, encuentran a la mujer que los fascinó con la elegancia del porte, con la belleza de las formas, con el perfume sutil que de ella emanaba, con la dulzura de los largos besos, y a quien idolatraron de rodillas, inferior a sus sueños mismos, que se han desvanecido al ponerse en contacto con la realidad. Cuando el éxtasis pasa, dicen tristemente: «todo lo que se acaba es corto». Entonces, esas almas se enamoran de la Naturaleza, se pierden en ella como por un panteísmo extraño; sienten la agonía de los bosques, ennegrecidos por el otoño; vuelan con la hojarasca en los crepúsculos rojizos, flotan en la niebla de las hondonadas, se detienen a meditar junto a las tumbas viejas, donde no hay una piedra que diga el nombre del muerto; junto a las ruinas llenas de yedra y de recuerdos, que los tranquilizan hablándoles de la fugacidad de lo humano; se dejan fascinar por el brillo fantástico de las constelaciones en las noches transparentes; sienten una angustia inexplicable frente a lo infinito del mar; prestan oídos a todas las voces de la tierra, como deseosos de sorprender los secretos eternos; y, como aquello no les dice la última palabra, como la tierra no les habla como madre, sino que se calla como la esfinge antigua, se refugian en el arte y encierran en poesías cortas, llenas de sugerencias profundas, un infinito de pensamientos dolorosos.

Esos espíritus no tienen ni la paciencia ni la fuerza, convencidos como están de la inutilidad final del esfuerzo humano, de levantar las armazones gigantescas en que se sostienen los poemas de largo aliento... Y por eso, para decir lo que sintieron y pensaron, les basta una estrofa, como las del Intermezzo a Heine, un cantar como los de la Soledad a Ferrán, una rima como las de sus Rimas a Bécquer...

Y si en Heine la suprema ironía y la risa de burla desfiguran la verdadera fisonomía literaria, no es difícil, viéndolo de cerca, caer en la cuenta de que esa ironía es una careta roja de Mefistófeles, un disfraz carnavalesco puesto sobre la cara, enflaquecida y pálida por el sufrimiento, y que sólo sirve para ocultar al vulgo de los lectores las lágrimas de dolor real que, una por una, amargas como las olas del mar del norte cantadas por él, se le caían de los ojos al poeta parálítico.

Nuestro público ama a esos autores, aprecia en lo que valen las delicadezas de pensamiento y de frase. El poema que Rivas Frade le entrega hoy, encontrará en él, como la han encontrado las Rimas, la acogida que merece, por la belleza del asunto, la

maestría de la forma y la elección de los detalles... Y, si acaso dentro de algunas semanas los críticos al por menor se ponen a anotarle lunares y a averiguar a quién imitó, yo le contaré a Rivas Frade, para que se ría de ellos, que a muchas bocas marchitas, las unas como raso ajado, frescas las otras como botones de flores, les he oído repetir, en voz baja, como un secreto dicho en el confesonario de la conciencia, estos versos adorables de una de sus Rimas:

Cuando paso rozando tu vestidoe indiferentes al cruzar nos vemos,sin que asomen las almas a los ojospara cambiarse por saludo un beso.[...]Mirando nuestra mutua indiferenciame parece que piensas, cual yo piensoque este mundo es un baile de antifaces,o que en los dos el corazón ha muerto.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

